

# **El desdichado final de la compañera Q**

1.<sup>a</sup> edición, 2026

© Antonio Valdecantos  
© Guillermo Escolar Editor S.L.  
Calle Princesa 31, planta 2, puerta 2  
28008 Madrid  
[info@guillermoescolareditor.com](mailto:info@guillermoescolareditor.com)  
[www.guillermoescolareditor.com](http://www.guillermoescolareditor.com)

Diseño de cubierta: Javier Suárez

Maquetación: Equipo de Guillermo Escolar Editor

ISBN: 979-13-87789-34-3

Depósito legal: M-617-2026

Impreso en España / Printed in Spain

Reservados todos los derechos. De acuerdo con lo dispuesto en el Código Penal, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes, sin la preceptiva autorización, reproduzcan o plagien, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, fijada en cualquier tipo de soporte.

Antonio Valdecantos

# El desdichado final de la compañera Q

Cinco tentativas sobre  
el uso público de la razón

Guillermo  
Escolar  
EDITOR  
Análisis y crítica



## PRÓLOGO

### LO PÚBLICO, LO NECESARIO Y LO SUFFICIENTE

Es probable que, mientras las hojas que siguen van pasando por delante de su vista (aunque, en realidad, leer es ver caer las páginas hasta pisar una hojarasca en lugar de suelo y volverse planta crecida entre papel), el lector se persuada de que este libro habla de una sola cosa y expone una única tesis<sup>1</sup>. Lo que aquí se ha querido defender es, en efecto, relativamente sencillo y puede enunciarse con brevedad. El libro se opone a la creencia, tan vieja y difundida, de que, cuando todos hablan con franqueza y libertad sobre asuntos de interés público, cuando el pensamiento y la creación se expresan sin restricciones y se divultan sin obstáculos, cuando lo expresado es obra de la buena fe y no de la doblez, de la contrahechura ni de la astucia y, cosa esencial, cuando lo dicho no refleja intereses privados, sino que se profiere con el convencimiento de que cualquiera podría decir lo mismo (todas esas condiciones tienen que cumplirse, y basta con que una falle para que se eche a perder el resto), las palabras proferidas dicen la verdad sobre el mundo, sobre la humanidad y sobre la vida, y, aunando belleza y bondad, no solo son fuente de instrucción y edificación y motivo de

---

<sup>1</sup> El convencimiento, muy antiguo, de que los libros son como los árboles no es más que una manifestación del hecho, desde luego innegable, de que los árboles son como los libros. Olga Amarís Duarte ha apuntado penetrantemente a estos asuntos, a propósito de Arendt, en *Poética del exilio. Hannah Arendt y María Zambrano*, Herder, Barcelona, 2021, pp. 163-168.

deleite, sino que sirven de guía segura para la mejora progresiva de la sociedad. Basta, según esta idea, que las conciencias ejerzan su actividad con limpieza y autonomía para que el resultado sea a la vez justo, verdadero y bello. No todo lo que surja de esta clase de empeños será unánime ni concorde, si bien su variedad le añadirá valor en lugar de restárselo, porque se supone que la multiplicidad de puntos de vista es parte de la verdad misma, la cual nunca se manifiesta de una sola manera y gusta de adaptarse a las diferencias con que los humanos se distinguen entre sí. A la unión de ese ejercicio y de ese resultado se la llamó en algunos momentos de la historia moderna «uso público de la razón». Naturalmente, es necesario que todo lo anterior ocurra de manera auténtica y no falseada, simulada ni manipulada, y que no se mezcle con motivos espurios: no valen las imitaciones (casi siempre interesadas y perversas), porque la palabra tiene que brotar con toda su pureza del fresco manantial en que ella se forma, en contacto directo con los deseos, derechos y sentimientos humanos. Pero en este libro se sostiene que todo lo anterior es un mito.

Hay, desde luego, muchas personas —muchísimas en los ambientes académicos y culturales— fervorosamente persuadidas de que, en efecto, lo que se ha intentado compendiar en el párrafo anterior pertenece a la fantasía, cuando no a la superstición. Sin embargo, es muy poco probable que las gentes en cuestión vean con buenos ojos lo que aquí se sostendrá. Las voces en que estoy pensando ahora reniegan de todo universalismo y no se avergüenzan de ser parciales ni de jugar con los dados cargados: hablan o dicen hablar desde el punto de vista particular de alguna multitud o agrupación humana, o en nombre de alguna causa que, por lo general, ha sido o es víctima (o eso, por lo menos, se supone) de abusos, cruelezas, atropellos o injusticias. Con frecuencia no adoptarán un único punto de

vista, sino la combinación de varios, emparentados por alguna clase de afinidad, pero, sea uno o más de uno el grupo del que tales escritores o profesores se hagan portavoces, lo que corresponderá será expresar cuál es la visión que se tiene desde el interior de la colectividad, la cual, además, aspirará a sacudirse la opresión y reclamará justicia, siendo la tarea de estos pensadores (que con frecuencia gustarán de ser reconocidos como activistas y como militantes) parte de las luchas en que el colectivo en cuestión está embarcado o se desea que lo esté. No siempre esta militancia activista surge, sin embargo, del deseo de justicia, de venganza o de reparación. Lo que propugnan algunas doctrinas, muy atractivas académica y culturalmente, es que las multitudes (más grandes o más pequeñas) se agiten por el desbordamiento de su propia potencia vital (o por la de *sus cuerpos*, como se acostumbra a decir), que despertará energías subversivas insospechadas y provocará una insurgencia nunca vista, para cuya descripción cabal será preciso el parangón con los animales salvajes y con otras fuerzas de la naturaleza. En algunas ocasiones esta explosión se juzgará semejante a la actuación del poder constituyente en las revoluciones modernas, mientras que otras veces se preferirá hablar de una potencia destituyente que se niega a cristalizar en ninguna obra. Tanto en los casos de fervor justiciero como en los de explosión constituyente o destituyente, todo lo que digan quienes estén inmersos en esos empeños formará parte de un caudal de discurso en el que solo podrán bañarse quienes sean parte de la causa, lucha o movimiento que en cada caso corresponda<sup>2</sup>.

---

<sup>2</sup> Lo que acaba de señalarse usa vocabulario de algunas corrientes filosóficas contemporáneas (véase la reconstrucción de Roberto Esposito en *Pensamiento instituyente. Tres paradigmas de ontología política*, traducción de María Teresa D'Meza y Rodrigo Molina-Zavalía, Amorrortu, Buenos

El presente libro no resultará muy hospitalario para las inquietudes descritas. Su autor no cree que pudiera soportar dos minutos seguidos en medio de ninguna explosión constituyente ni de ninguna inoperancia destituyente, y seguramente no sería admitido entre los defensores de ninguna causa (justa o injusta; las diferencias entre unas y otras son mínimas, porque lo que importa es que sean una causa, y lo demás es secundario). De llegar a ser aceptado, lo sería por pura equivocación y no faltaría quien se apresurase a expulsarlo de sus filas o a algo peor. Con todo lo anterior a la vista, algunos lectores supondrán que se avecina a continuación la defensa de otra clase de tesis, muy familiares y fáciles de reconocer. Contra quienes creen que la razón y la cultura son el camino que —rectamente seguido— conduce a las puertas mismas de la felicidad y contra quienes no ven ningún motivo para abandonar la militancia a la que sirven ni la insurgencia con la que fantasean (llamémoslos, aunque las denominaciones puedan ser injustas a veces, los *ilustrados* y los *activistas*), no es difícil encontrar, ávidas de triunfo, a las recias falanges de los defensores del *statu quo*, esos que, si tuviesen que recibir alguna denominación compendiosa, la mejor que les cuadraría sería la de *filisteos*. El perfil y la voz del filisteo son inconfundibles. ¿Quién no habla varias docenas de veces al día con alguien convencido de que lo importante es buscar soluciones a los problemas, estar a la altura de los tiempos, seguir las recomendaciones de los expertos, aprovechar al máximo las nuevas tecnologías, atender a lo que inexorablemente va a imponerse en el futuro, ir al grano y no perder el tiempo con

---

Aires, 2023; en *Institución*, traducción de Antoni Martínez Riu, Herder, Barcelona, 2022, y en *Vitam instituere. Genealogia dell'istituzione*, Einaudi, Turín, 2023), pero puede adaptarse sin dificultad a otras clases de léxicos.

especulaciones (en lugar de esta palabra pueden aparecer términos malsonantes) ni dejar pasar ningún tren, tener empatía e inteligencia emocional, ser práctico, pragmático y positivo, rehuir todo lo que esté trasnochado y desfasado, y, como estas personas gustan de decir, «un largo etcétera»? Hay filisteos de derechas, amantes de todo lo que sea realista, rentable y competitivo, y hay filisteos de izquierdas (próximos a los activistas o confundidos con ellos) cuyo interés principal son las demandas de la gente y las necesidades sociales; hay filisteos casposos y revenidos y filisteos *cool*, dinámicos y transgresores, si bien su estructura mental es siempre la misma: el filisteo es alguien obsesionado, sobre todo, por identificar retos y superarlos. En la mente filistea no entra nada que no tenga forma de reto<sup>3</sup>.

No hay, contra lo que puede parecer, grandes diferencias entre los ilustrados, los activistas y los filisteos, o, por lo menos no las hay si a esos tipos humanos se los examina del modo en que este libro lo hace, es decir, como tres negaciones de la concepción de la palabra que aquí se defiende, una concepción quizá poco habitual, pero nada extravagante ni sofisticada. Lo que en este libro se sostiene es que puede y debe hablarse de la verdad, del bien y de la belleza sin pedir disculpas por ello y sin ceñirse a lo que sobre estos asuntos dicen la opinión, la cultura y la estadística. Lo anterior proporcionaría razones a quien, con alabanza o denuesto, dijese que este es un libro especulativo, e incluso metafísico. Se sostiene aquí, en efecto, que hay todo un uso público de la razón en medio del cual puede experimentarse el asalto de lo verdadero, de lo bueno y de lo bello, si bien semejante uso es paradójico por su condición desusada, inusitada y completamente inútil. De la verdad, el bien y la belleza es

---

<sup>3</sup> Puede verse mi nota «El sectario y el filisteo», *Claves de razón práctica*, 275 (marzo de 2021), pp. 84-93.

posible hablar, cumpliendo, como condición necesaria, aunque sin duda insuficiente, la de haber surgido como una digresión o desvío con respecto a la línea premeditada del razonar, de manera que el agente de dicho razonamiento deje de tener a este bajo su control y sus palabras (que ya no se sabe cuán suyas son) piensen por él y lo sustituyan como agente. En esta clase de pensamiento, quien piensa es el primer sorprendido por lo pensado. Puede llamárselo, si se quiere, especulativo porque se ha vuelto incondicional y no está regido ni administrado por la experiencia: ha roto amarras con las condiciones que lo sitiaban (lo cual no lo convierte en un soberano, sino en un proscrito) y se le han desdibujado casi del todo las impresiones con que contaba sobre sus objetos próximos y familiares, así como las mediaciones entre tales objetos y lo que se escapa de su control<sup>4</sup>.

Para los ilustrados, los activistas y los filisteos, la palabra valiosa, gozosa o correcta tiene como condición el estar asida con la mayor fuerza por su dueño, ya sea este una mente observadora, experimental, calculadora y obediente a las mejores normas y criterios, ya un alma fervientemente justiciera o arrebatadamente creadora, ya un cuerpo salvaje que, en los bordes de lo animal, estalle haciéndolo reventar todo. Habrá ocasiones en que se suponga que la palabra está ligada a un usuario individual que ejerce sobre ella un dominio pleno, pero en otras ocasiones corresponderá a un dueño colectivo que absorbe a todos sus individuos componentes y les proporciona una única voz. Contra lo que a menudo se cree, la diferencia entre el individuo y la colectividad no es casi nunca muy notable: las voces colectivas son voces individuales amplificadas y estas últimas resultan

---

<sup>4</sup> El lector podrá encontrar algunas observaciones sobre este conjunto de cuestiones en la tercera parte (sobre todo en los §§ 33-34) de mi *Teoría del súbdito*, Herder, Barcelona, 2016.

de haber doblegado las sediciones intestinas que reinaban en la persona correspondiente antes de tomar la palabra. Ya sea la conclusión de un silogismo, una alabanza de Dios o la maldición más temible, suele suponerse que la palabra lo es siempre *de alguien* que se expresa en ella, que responde por ella (aunque a menudo decline la responsabilidad en cuestión) y que le proporciona poder o se lo quita. Las palabras son, así pues, de uno (o lo son de muchos; la distinción tiene poca importancia), pero el uno individual o colectivo es también de *sus palabras* y está ligado a ellas, a veces de manera explícitamente reglada (como ocurre en las promesas o las amenazas) y en otras ocasiones sin ceremonia alguna (si bien con más fuerza). Hay, pues, una moneda con dos caras: la pertenencia de las palabras a quien las profiere y la de quien las profiere a ellas.

A nadie debe sorprender que alguien tome lo que está diciendo o lo que ha dicho como una prolongación de sí mismo o como una manifestación suya. Que las palabras reflejan a quien las dice o que lo expresan y revelan es un supuesto (con frecuencia mudo, porque no hace falta explicitarlo) obligatorio para cualquier hijo de la cultura moderna, al igual que lo es la creencia en que el lenguaje constituye un medio subordinado al fin de la comunicación. De esta última puede, sin embargo, prescindirse ahora<sup>5</sup>. Las palabras —esto es lo que importa— suelen ser *de alguien* y su emisor es su propietario; esa es la razón de que se lo tenga por responsable de ellas. Ciertamente, el pedir cuentas por lo que alguien ha dicho es una práctica sin la cual no cabría imaginar ninguna forma de vida de las acostumbradas, y quizás ninguna forma de vida consistente. Resulta muy difícil imaginar la vida social sin la institución de

---

<sup>5</sup> Me ocupé de ella en *Signos de contrabando. Informe contra la idea de comunicación*, Underwood, Madrid, 2019.

la responsabilidad y por eso mismo no es muy apropiado, aunque pueda parecerlo, ofrecer una justificación o defensa de su conveniencia o de su alta dignidad moral. La responsabilidad no es algo que esté disponible para aceptarla y cultivarla si se prueba que es moralmente valiosa, o para repudiarla si se fracasa en ese empeño. Mientras se discute acerca de ella, ya se la está ejerciendo y nadie sobreviviría si la ignorase. Somos inevitablemente seres *esponsales*, es decir, unidos matrimonialmente a la palabra mediante un vínculo semejante al que los antebrazos tienen con las esposas que se les aplican. «Responsable» guarda, no en vano, una estrecha relación con la familia de palabras a la que pertenece *spondere*, verbo con el que se designó el estar atado por esa clase de artefactos<sup>6</sup>. Lo que puede ser objeto de verdadera disputa no es la responsabilidad, sino los modos de suspenderla, rehusarla y preterirla. Al igual que a nadie se le profesa una estima extraordinaria solo por haber sobrevivido, nadie debería ser elogiado por mostrar una acendrada responsabilidad. La supervivencia puede exigir, llegado el caso, muchas villanías, y la conducta responsable gran número de cruidades que hay que cometer porque uno tiene que responder de aquello que ha asumido o que se le ha encomendado.

Por su parte, las situaciones en que alguien se ha convertido en un instrumento en manos de sus palabras pasadas corresponden típicamente a los actos que en algunos lugares de este libro se llamarán *semelyusivos* (a partir de la sentencia *semel ius sit, semper paret*: «una vez mandó; siempre obedece»), con una expresión que comencé a usar en 2006 en lo que ahora es el segundo capítulo de este libro, inventándola por analogía con el

---

<sup>6</sup> Véase Varrón, *De lingua Latina*, vi, 69-74. Puede verse lo que señalé sobre ello en *La moral como anomalía*, Herder, Barcelona, 2007, pp. 28-34.